



Cambios en la cultura política mexicana: El surgimiento de una derecha moderna (1970-1988)¹

Soledad Loeza

En México, el interés por los asuntos públicos ha aumentado considerablemente en los últimos cinco años. Grandes grupos de población urbana se mantienen atentos a lo que ocurre en el mundo de la política y están recibiendo más información que nunca antes, a través de la prensa y de los medios de comunicación electrónica. No en balde la reciente campaña electoral para la presidencia de la República ha tenido, por primera vez en la historia del partido oficial, los rasgos de una auténtica contienda, no sólo en la ciudad de México, sino en diversos puntos del país. El tono de esta campaña forzosamente tenía que ser distinto, así no fuera más que porque en ella han participado seis candidatos representando a otros tantos partidos, lo cual es inusitado después de décadas de predominio del Partido Revolucionario Institucional, PRI. Pese a que el principal rival de todos los contendientes era, en primer lugar, el abstencionismo, el ambiente en torno a las campañas presidenciales reveló un cambio en las actitudes y el comportamiento de los mexicanos frente al poder, que denota la existencia de una creciente cultura de la participación. Es posible que la expresión fundamental de este cambio no sea el voto, porque numerosos grupos sociales han desarrollado formas de organización y de ejercicio de influencia distintas a las partidistas, y también más eficaces; pero lo importante es que en México el gobierno cada vez puede tomar menos decisiones de espaldas a la opinión pública.

Este cambio es producto, en primer lugar, de la evolución social de los últimos treinta años, y no solamente de los efectos de una coyuntura difícil para el sistema político. En segundo lugar, graves acontecimientos políticos y económicos ocurridos desde finales de los sesenta han modelado las percepciones, los símbolos y los valores políticos de los mexicanos. Las dificultades económicas recientes han propiciado la manifestación de estos cambios y también han precipitado divisiones, en el interior de las clases medias, que ponen al descubierto el debilitamiento de consensos cruciales para la estabilidad del sistema. De la misma manera que la amplia participación ciudadana es un desafío para las instituciones construidas sobre el presupuesto de la no participación independiente, los desacuerdos en la relación entre clases medias y Estado pueden comprometer el equilibrio general entre poder y sociedad.

No obstante el carácter relativamente extraordinario de las condiciones arriba señaladas, quizá el fenómeno más novedoso que se ha producido en México en estos años es la aparición de una fuerza política inédita: la derecha moderna que encarna Manuel J. Clouthier, candidato del Partido Acción Nacional, PAN, a la presidencia de la república, que ofrece un liderazgo social con base en el empresariado, sus valores y sus efectivos. La propuesta política clouthieriana es primeramente de estilo. Provocador y agresivo, Clouthier pretendía hablar con un lenguaje directo para motivar a sus auditorios a la participación; con ese fin recurría sobre todo a exacerbar las irritaciones, apelando a reacciones elementales de rechazo frente a la ineficiencia o la corrupción, e invitando a actitudes de intransigencia. En segundo lugar, el candidato panista proponía una participación política esencialmente electoral e individualizada, con la promesa

¹Texto tomado de la *Revista Mexicana de Sociología*, Volumen 51, Núm. 3, julio-septiembre 1989, págs. 221-235. Agradecemos al IIS-UNAM y a la RMS por permitir la publicación de este artículo. La selección y transcripción estuvo a cargo de Makoto Noda.

de construir un nuevo consenso social centrado en valores como el orden, la seguridad, la eficiencia y las jerarquías inviolables. Sin embargo, lo más importante del caso Clouthier es menos el personaje que lo que representa, porque su aparición es resultado de cambios profundos en una estructura social que por primera vez desde su recomposición revolucionaria cuenta con clases altas y medias consolidadas, parte de ellas con una historia de más de tres generaciones. Este fenómeno explicaría las nuevas actitudes manifestadas ante un problema secular en México: la desigualdad; pero también significa que la aparición de un auténtico partido de derecha moderna es un desarrollo de largo plazo producto de una sociedad desigual estable.

El presente ensayo se propone analizar algunos de los cambios más notables que se han producido en la cultura política dominante en México en las últimas dos décadas, y presentar las diferencias más importantes que se han manifestado en el seno de las clases medias, porque entre ellas han cristalizado estos cambios. Por último, tratará de relacionar estos fenómenos con el surgimiento de una fuerza política que propone cambios importantes en el sistema político, a partir de valores que poco o nada tienen que ver con las tradiciones políticas establecidas.

Cambios recientes en la cultura política

Desde que Gabriel Almond y Sidney Verba publicaron *The Civic Culture* a principios de los años sesenta², la experiencia política mexicana se ha enriquecido con fenómenos decisivos como el movimiento estudiantil de 1968, la prosperidad económica y el reformismo de los setenta, y la situación inflacionaria y recesiva que vive el país desde hace cinco años. Cada uno de ellos es cualitativamente diferente y pueden distinguirse uno de otro sin dificultad por sus orígenes y características, pero tienen en común el haber causado un profundo impacto sobre las percepciones que los mexicanos tienen del poder, sus actitudes y comportamiento frente a él.

Las alteraciones no han culminado en la consolidación de una cultura cívica, esto es, de una cultura de la participación propia de los sistemas democráticos. Sin embargo, hoy en día pocos plantearían el problema de los valores y símbolos políticos dominantes en México desde la perspectiva del choque entre modernidad y tradición. Cuando acaso así se hace, los términos de referencia ya no son la sociedad urbana y la rural, sino un pasado corporatista y poco participativo, frente al presente de una sociedad empeñada en defender su autonomía del poder.³ Tampoco puede afirmarse sin salvedades ni matices que actualmente el autoritarismo mexicano se sustenta, como en el pasado, en una cultura política igualmente autoritaria, caracterizada por el predominio de los valores del sujeto, el cual se somete pasivamente a las decisiones de la autoridad; y se considera a sí mismo por completo incompetente frente a los asuntos públicos e incapaz de influir sobre el poder.

La historia electoral mexicana de los años ochenta es uno de los indicadores de que el conformismo y la no participación han dejado de ser los rasgos característicos del comportamiento de sectores clave de la sociedad mexicana, fundamentalmente grupos empresariales de clase alta, clases medias y grupos urbanos de clase baja, porque en ese lapso la participación electo-

²Gabriel Almond y Sidney Verba, *The Civic Culture. Political Attitudes in Five Democracies*, Boston, Little Brown Co., 1972.

³Ver, por ejemplo, Héctor Aguilar Camín, "El canto de México", en Océano-Nexos, *México mañana*, Ed. Océano, 1986, pp. 33-61.

ral adquirió nuevo impulso y significado.⁴ Tanto así que las elecciones federales de 1985 tuvieron en más de un sentido el aspecto de una "insurrección electoral", que puso en entredicho la supuesta invencibilidad del PRI.⁵

Los sismos de 1985 también impulsaron nuevas actitudes frente a la participación y movilización independientes. Ante el desastre, la población de la ciudad de México ignoró los llamados de la autoridad a la inmovilidad, y desbordó instituciones y organizaciones existentes para contribuir en las labores de salvamento y ayuda que florecieron y se multiplicaron espontáneamente, al mismo tiempo que pusieron al descubierto las limitaciones gubernamentales o partidistas para encauzar esta movilización. La Iglesia católica fue la única institución que reaccionó adecuadamente ante la emergencia, y a ella recurrieron numerosos voluntarios a ofrecer su ayuda. Aunque esta experiencia de autonomía no anuló de manera definitiva el no participacionismo ni puso fin a los mecanismos de control del Estado, se convirtió en un valioso precedente para nuevas movilizaciones, en particular para la que a principios de 1987 organizó el Consejo Estudiantil Universitario, CEU.⁶

Algunos símbolos tradicionales también han perdido la validez absoluta que durante años preservó el universo simbólico de la política autoritaria de los cambios provenientes de sociedades y situaciones ajenas. Fenómenos políticos ocurridos en otras sociedades han adquirido la categoría de ejemplo para muchos mexicanos. El severo cuestionamiento a la autoridad del Estado que se ha expresado de diferentes maneras en estos años, tanto entre grupos de oposición como en el interior del grupo en el poder desde 1982, se apoya en buena medida en la crisis del Estado benefactor de los países occidentales. Asimismo, el prestigio de la vía electoral de democratización fue reivindicado a partir de experiencias recientes en Argentina, Brasil y Uruguay, e incluso en Filipinas. El desarrollo de los medios de información y su expansión han significado el acceso de México al mercado internacional de la oferta ideológica -por así llamarlo-, lo cual ha ampliado el horizonte político mexicano en términos de cambios posibles. Por otra parte, la Revolución mexicana ha perdido actualidad, el origen popular del Estado ha dejado de ser justificación suficiente de la arbitrariedad gubernamental, y la Nación definida por el Estado ya no es el referente común para los numerosos grupos sociales que defienden intereses particulares. La centralización del poder y la investidura presidencial se han visto sometidas a severas críticas por parte de amplios grupos sociales que reivindican la autonomía municipal y el poder local o de las organizaciones de base. Algunos grupos simplemente repudian la personalización del poder que propicia el presidencialismo, el cual asocian a los excesos de autoridad que se han atribuido a los presidentes Luis Echeverría (1970-1976) y José López Portillo (1976-1982), y

⁴Ver, por ejemplo, Graciela Guadarrama S., "Entrepreneurs and politics: Businessmen in electoral contests in Sonora and Nuevo León, July 1975", en Arturo Alvarado, ed., *Electoral Patterns and Perspectives in Mexico*, California, Center for U.S. Mexican Studies, University of California, San Diego, 1987, pp. 81-110 Matilde Luna y Ricardo Tirado, "Los empresarios se deciden", en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, abril-junio de 1985, Año XXXI, Nueva Época, pp. 65-78. Ma. Luisa Tarrés, "Del abstencionismo electoral a la oposición política. Las clases medias en Ciudad Satélite", en *Estudios Sociológicos*, vol. 4, núm. 12, sept.-dic. 1986, pp. 361-390.

⁵Soledad Loaeza, "El llamado de las urnas. ¿Para qué sirven las elecciones en México?" en: Jorge Padua y Alain Van-neph, comps., *Poder local, poder regional*, México, El Colegio de México, 1986, pp. 75-88.

⁶Ver: Arreola, Álvaro, Georgette José, Matilde Luna y Ricardo Tirado, "Memoria: los primeros ocho días", en *Revista Mexicana de Sociología*, Año XLVIII, núm. 2, abril-junio 1986, pp. 105-120. Carlos Monsiváis, "El día del derrumbe y las semanas de la comunidad", en *Cuadernos Políticos*, núm. 45, enero-marzo de 1986, pp. 11-24. Juan Manuel Ramírez Sáiz, "Organizaciones populares y lucha política", en *Cuadernos Políticos*, núm. 45, enero-marzo de 1986, pp. 38-55.

que han sido denunciados por comentaristas, observadores y miembros de la oposición, como causa original de lo que ha sido ampliamente denominado crisis de legitimidad.

Las tensiones políticas asociadas con la crisis desencadenada en 1982, han sido interpretadas como un desajuste de profunda magnitud, provocado por la desaparición de la identidad simbólica entre la sociedad y las instituciones que la gobiernan, porque los cambios que se han producido en este respecto no han sido absorbidos por el sistema político. El valor que en tiempos recientes se ha atribuido a las elecciones como instrumento de cambio político, por ejemplo, no encuentra cabida en un sistema donde las urnas han ocupado tradicionalmente un lugar secundario.

Algunos rasgos generales de la vida pública mexicana actual, así como datos obtenidos en diferentes encuestas, ofrecen una medida válida de los cambios que ha sufrido la cultura política, los cuales podrían ser la base de la así llamada crisis de identidad.⁷ Más de un candidato presidencial manifestó durante la campaña la conciencia de que existe esa distancia entre los valores y prácticas del poder y los de la sociedad, al menos de algunos grupos de considerable importancia política. Entre las propuestas de campaña, la "creación" de una "nueva cultura política" fue mencionada por lo menos por dos de los candidatos más importantes, Carlos Salinas de Gortari y Manuel Clouthier, como si ésta pudiera ser producto de un *fiat* de la autoridad, cuando lo único que habría que hacer es reconocer lo nuevo, respetarlo y plasmarlo en las prácticas del poder y de los partidos.

Durante el sexenio de Miguel de la Madrid (1982-1988) se ha manifestado todo tipo de descontentos e inconformidades. Se ha llevado a cabo numerosas marchas de protesta en las calles de la ciudad de México y de muchas ciudades importantes en todo el país. Han tenido lugar continuas manifestaciones públicas de conflicto entre las élites, ha habido numerosas huelgas fabriles, universitarias, de maestros, de hambre; grupos partidistas han bloqueado la vía pública, han tomado presidencias municipales y oficinas sindicales. Los medios de comunicación también se han transformado de manera significativa. Hace veinticinco años nadie hubiera soñado publicar impunemente el tipo de información política escandalosa que semana a semana entrega a sus lectores la revista *Proceso*, o las virulentas críticas antigubernamentales de editorialistas que han hecho del antipriísmo un jugoso estilo. Emisiones de radio y de televisión bombardean cotidianamente a la población urbana con noticias nacionales e internacionales, con una intensidad y profusión que hubieran sido inimaginables en tiempos del presidente Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970). Tanto así que los medios electrónicos jugaron un papel relativamente importante en el proceso de designación del último candidato del PRI a la presidencia, para no detenernos en el uso de los medios que, pese a las denuncias de la oposición, han hecho todos los partidos para difundir sus programas.

Todo esto no ha sido una explosión súbita, sino el resultado de un proceso largo que se inició en 1970. Esto significa que los acontecimientos de 1968 tuvieron un impacto determinante en la

⁷Desde entonces se han llevado a cabo varias encuestas de actitudes, valores y comportamiento. Entre las más recientes vale mencionar: Enrique Alducín Abitia, *Los valores de los mexicanos. México: entre la tradición y la modernidad*, México, Fondo Cultural Banamex, A. C., 1986, Miguel Basáñez, "México 85: Un pronóstico electoral", en *Nexos*, 91, julio de 1985, pp. 31-39. Marco Antonio Bernal, "Ciudad Juárez, 1983-1985: Las dificultades de la democracia", en: Soledad Loaeza y Rafael Segovia, *La vida política mexicana en la crisis*, México. El Colegio de México, 1987 pp. 149-184, Alberto Hernández Medina, Luis Narro Rodríguez, coord., *Cómo somos los mexicanos*, México, Centro de Estudios Educativos-CREA, 1987.

apertura del sistema, porque dejaron en la conciencia política mexicana una huella profunda en cuanto a los peligros de una autoridad sin límites, y, porque obligaron al Estado a adoptar una vía reformista que ha sido la clave de los cambios con estabilidad de los últimos veinte años. También 1968 reveló el potencial movilizador de las clases medias. Por estas y muchas otras razones que no cabe mencionar aquí, esta fecha marca el inicio de una nueva etapa del sistema político mexicano, caracterizada por la ampliación gradual del número de participantes en la vida política y también de los márgenes del sistema.

Para aliviar los efectos devastadores de 1968, el gobierno de Luis Echeverría recurrió a las primeras medidas reformistas, que se iniciaron con llamados a la autocrítica y a la manifestación de la inconformidad política. Surgieron nuevas organizaciones políticas, pero el aspecto más importante de este primer impulso reformista fue la renovación de los cuadros políticos. En 1977, José López Portillo llevaría adelante el proyecto aperturista con la introducción de la Ley Orgánica de Partidos y Procesos Electorales, cuyo propósito era:

[ensanchar] las posibilidades de representación política de tal manera que se pueda captar en los órganos de representación el complicado mosaico ideológico nacional de una corriente mayoritaria, y pequeñas corrientes que, difiriendo mucho de la mayoritaria, forman parte de la nación.⁸

El presidente De la Madrid, por su parte, también introdujo reformas electorales contenidas en un Código Federal Electoral, inspirado en la lógica de sus antecesores: fomentar la participación por la vía de los partidos, y otorgar representación a las minorías, sin afectar esencialmente el predominio del partido oficial. Durante el sexenio del presidente López Portillo también hizo su aparición un nuevo sindicalismo, relativamente independiente, que en las universidades ofreció un marco de organización para grupos de clase media que así satisficieron sus necesidades de articulación política. Viejos actores también aprovecharon el aperturismo echeverriista primero, y el liberalismo lopezportillista después, para avanzar sus propias posiciones en el tablero político. La Iglesia católica y las organizaciones empresariales fueron, de hecho, los primeros beneficiarios del reformismo, pues apenas iniciado éste, se lanzaron abiertamente en actividades diversas de proselitismo que fortalecieron su presencia social y su capacidad para convertirse en centros de gravitación de diferentes grupos.⁹

El reformismo político ha tenido consecuencias contradictorias, porque al mismo tiempo que creaba válvulas de escape, permitía la formación de puntos de presión sobre el sistema, y admitía el surgimiento de límites a su autonomía. Es decir, que por una parte se proponía cambiar algunas cosas para mantener los rasgos esenciales del sistema, pero por la otra, aceptaba alteraciones que a la larga habrían de modificar algunos de ellos. No obstante, el Estado siempre se ha mantenido como la autoridad orientadora del cambio. De suerte que podría decirse que la fuerza reciente de las formas organizadas de participación: partidos, elecciones,

⁸"Discurso de Jesús Reyes Heróles, Secretario de Gobernación pronunciado en el Segundo Informe de Gobierno del Ing. Rubén Figueroa, Gobernador Constitucional del Estado de Guerrero, 1º de abril de 1977", en *Reforma Política. Gaceta Informativa de la Comisión Federal Electoral*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1977, pp. IX-XIII, pp. XI-XII.

⁹Ver: Carlos Arriola y Juan Gustavo Galindo, "Los empresarios y el Estado en México (1976-1982)", en *Foro Internacional*, vol. XXV, oct.-dic. 1984, núm. 2, pp. 118-137. Ver en ese mismo número: Soledad Loaeza, "La Iglesia católica mexicana y el reformismo autoritario", pp. 138-165

sindicatos y grupos de presión, son el resultado deseado de políticas de largo plazo del propio Estado mexicano; además, desde los inicios del reformismo, el voto era el corazón del proyecto.

El fomento de la actividad electoral no era una empresa fácil. Más de cincuenta años de predominio de una facción revolucionaria, encarnado en las recurrentes victorias del partido oficial, crearon en la población sentimientos encontrados respecto al voto. Aunque las urnas siempre fueron reconocidas como parte esencial del futuro del sistema político, la democracia electoral y pluralista fue postpuesta durante años, sujeta a condiciones siempre imprecisas, como si la contraparte política del precepto desarrollista "crecer primero, para distribuir después", fuera "socializar primero para participar después". Durante años la ineficacia real del voto fue base del abstencionismo. Como los resultados de las elecciones eran conocidos de antemano, éstas no provocaban incertidumbre, curiosidad, ni siquiera rabia, entre los potenciales votantes. Salvo en casos aislados, transcurrían en medio de una notable indiferencia. Los partidos tampoco gozaban de muy buena reputación, e incluso inspiraban desconfianza en gran parte de la población que los consideraba plenamente ineficaces, o, peor todavía, simples instrumentos del Estado que sólo servían para apuntalar la fachada democrática del sistema.

La atmósfera participacionista que empezó a crearse desde principios de los setenta se ha ido extendiendo como una mancha de aceite, y pese a los pronósticos más pesimistas que a este respecto se hicieron para el gobierno delamadridista, lo cierto es que la política de estabilización económica que tantos descontentos ha provocado, ha sido aplicada sin que se hayan modificado los límites a la participación. Ahora bien, es posible que este cambio aun no se refleje en la desaparición del abstencionismo.

Para entender plenamente el aspecto que ha tomado en México el sistema de participación política, es preciso tener en cuenta que partidos y elecciones no son los únicos canales válidos de participación, sino que existen otras formas, en particular los grupos de interés cuyo crecimiento ha recibido menos atención que el impulso electoral, pero que han dado lugar a la formación de una estructura paralela de participación en la que organizaciones no partidistas articulan y expresan demandas, ejerciendo presión sobre áreas limitadas de responsabilidad gubernamental e influyendo efectivamente sobre las autoridades. El ejemplo más importante de este tipo de participación lo han dado los grupos de damnificados, de colonos y de residentes, que primero surgieron en torno a problemas urbanos, pero que han proliferado, en algunos casos ampliando sus intereses. La importancia de todos estos grupos, diversos en sus integrantes y objetivos inmediatos, es que constituyen una infraestructura de organización social que en momentos de crisis puede politizarse con gran celeridad.

Algunos de los cambios más evidentes que se han producido en la cultura política sugieren que muchos mexicanos poseen hoy en día un mayor sentido de competencia política, más información y también mayor capacidad de influencia. Presiones de grupos de interés particular han provocado la caída de secretarios de Estado, como fue el caso en 1986 del secretario de Desarrollo Urbano y Ecología, Guillermo Carrillo Arena. También la presión o la revisión de decisiones, como fue el caso de la construcción del Metro en zonas frágiles del centro histórico de la ciudad de México. Podría incluso afirmarse que el Estado tiene una mejor disposición ante las presiones de estos grupos que frente a la de partidos de oposición. Esta actitud, que podría explicarse como una táctica tendiente a proteger el predominio del PRI, no lo es tanto si consideramos que la capacidad de gestoría de los grupos de interés ha minado la funcionalidad

del partido oficial en estos términos, que era parte de su atractivo.

Todo lo anterior indica que las autoridades políticas ni siquiera pueden plantearse la posibilidad de volver al México no participacionista de los años cincuenta y sesenta, aun cuando la recesión económica, que fue el disparador de las más recientes movilizaciones, fuera superada, porque además, con la difusión del participacionismo ha disminuido considerablemente el umbral de tolerancia de la sociedad ante la arbitrariedad inherente al autoritarismo.

Clases medias estalladas

La observación de cambios en la cultura política mexicana conduce inevitablemente al universo de las clases medias, porque en estos grupos se concentra la población educada e informada, que es también la más sensible al cambio. Por otra parte, no obstante la consolidación de las clases altas y el surgimiento de una alternativa política inspirada en valores empresariales, las clases medias siguen siendo los grupos centrales de referencia social, así como líderes culturales para el resto de la sociedad.¹⁰

Después de un largo período de estabilidad, las clases medias empezaron a manifestar inquietudes y descontentos frente al sistema político, sobre todo a raíz del dramático fin de fiesta de 1982. Uno de los primeros efectos de las dificultades económicas fue que provocaron en el interior de estos grupos que reaparecieran viejas fracturas. Es posible que compartan nerviosismo y repudio a las políticas gubernamentales; también es probable que se perciban a sí mismos, por lo demás erróneamente, como los grupos más afectados por la inflación. Por consiguiente, es posible que converjan en las protestas contra el autoritarismo y la antidemocracia, pero esa unanimidad desaparece cuando se trata de elegir posibles soluciones, jerarquizar prioridades o identificar a los aliados y a los adversarios externos. En la campaña presidencial se han manifestado estas contradicciones, y la relativa diversidad de los candidatos en cierta forma reproducía la fragmentación política que se ha instalado en el seno de las clases medias.

Esta división también podía ser vista como reflejo del conflicto entre las élites. De los contendientes por la presidencia de la República, los líderes de oposición más importantes, Cuauhtémoc Cárdenas y Manuel J. Clouthier, pertenecen ambos a grupos dominantes en conflicto con el grupo en el poder. El primero representa la revuelta de un ala de la élite política tradicional en contra del restringido grupo delamadridista, ahora salinista, que propone modificaciones profundas a líneas establecidas desde la Revolución de 1910, reformas conservadoras desde esta perspectiva, de largo plazo, que habrán de alterar las bases y esencia del Estado popular y autoritario mexicano.

Habrán quienes piensen que la oposición de Cuauhtémoc Cárdenas al PRI es una querrela familiar, un problema generacional, en el que quienes han sido desplazados por el equipo delamadridista reaccionan contra el restringido grupo salido de la élite de las secretarías con responsabilidad económica, y contra lo que perciben como su determinación de perpetuarse en el poder. Para otros, este conflicto es una nueva puesta en escena de las periódicas rivalidades entre políticos y tecnócratas. Puede que haya algo de verdad en ambas interpretaciones, aunque la segunda es más discutible porque desde los años cuarenta hemos visto cómo el tecnócrata de hoy es el político de mañana. Lo realmente importante es que, haciendo caso omiso de las

¹⁰Ver: Soledad Loaeza, Clases medias y políticas en México. *La querrela escolar (1957-1963)*, México, El Colegio de México, 1988.

variables personales, es indudable que el movimiento cardenista se ha constituido en torno a la defensa de una tradición política que en los años setenta fue la referencia populista del reformismo, y en los ochenta se convirtió en uno de los blancos preferidos de las élites económicas y del propio gobierno delamadridista. En 1988 la propuesta cardenista no es de ninguna manera revolucionaria, y sólo en algunos aspectos reformista, pero en realidad se ha presentado como una oferta de restauración de la legitimidad revolucionaria del Estado mexicano. El indiscutible éxito que ha tenido la campaña cardenista se explica no sólo por el peso simbólico de un nombre que ha adquirido las dimensiones de un mito heroico, sino también porque el tipo de convergencia centro izquierda que representa sigue siendo una opción para numerosos grupos de clase media y baja.

De hecho, el reformismo delamadridista, que Carlos Salinas de Gortari como presidente probablemente tratará de continuar, se propone modificar algunos de los valores y objetivos más arraigados en el sistema político. La modernidad que propone: eficientista, anticorporatista e individualizada, se contrapone al programa cardenista empeñado en mantener la justicia social como el primer objetivo de la acción gubernamental, aparentemente a cualquier costo. En este respecto, uno de los temas de controversia más notable entre ambos es el papel del Estado en el terreno de la desigualdad social, y el lugar del partido oficial en el futuro político del país. Mientras que, en apariencia los cardenistas piensan en el buen uso que podrían hacer de una organización con tantos recursos como el PRI, por ejemplo, en términos de movilización dirigida, para el grupo en el poder del aparato del partido oficial, y sobre todo sus prácticas, han sido un obstáculo para la modernidad propuesta.

Aquí no cabe discutir las contradicciones que esto supone; se trata tan sólo de señalar algunas de las diferencias más notables entre los grupos, y los efectos de fragmentación de una fractura de esta naturaleza, que repercute sobre algunos grupos sociales. La importancia de la defección cardenista no puede pasar inadvertida. Durante mucho tiempo, los observadores más agudos del sistema político mexicano previeron que su transformación provendría de una escisión del partido oficial. La evolución futura del sistema estará sin lugar a dudas definida por la aparición de la Corriente Democrática. Ahora bien, lo interesante es que la probable institucionalización de dos corrientes políticas cuyo origen común es el PRI, que además obtienen una proporción considerable de apoyo entre las clases medias, cristaliza las formaciones ideológicas que han aparecido en su interior. Para calibrar la importancia de este fenómeno hay que recordar que hasta ahora en México, las divisiones entre clases medias siempre han sido fuente de inestabilidad.

Las diferencias en este medio siempre se habían acomodado de manera informal en torno a dos posiciones estrictamente definidas a partir de la experiencia mexicana, entre una derecha antiestatista, defensora del individuo y la propiedad privada, y una izquierda que apoyaba el intervencionismo estatal a nivel económico y político, y en general, políticas igualitaristas. Sin embargo, al igual que el menú de opciones de cambio de la élite gubernamental se enriqueció con el proyecto de reforma conservadora que inauguró Miguel de la Madrid, el cual ha hecho más complejo el cuadro de posiciones en el seno de la élite política, hoy en día las contradicciones de las clases medias muestran nuevos matices y dimensiones, producto de cambios de actitud, valores y comportamiento. El auge de los años setenta tuvo un impacto decisivo sobre estos grupos, dado que fue una situación excepcional de participación económica y política.

Gracias al crecimiento de ese período, modificaron sus hábitos de consumo y muchos de ellos empezaron a regir su conducta tomando como modelo a las clases medias estadounidenses. Tanto así que estos grupos que históricamente han estado comprometidos con la formación de la identidad nacional, en la actualidad se han convertido en vehículos de la influencia cultural estadounidense. La prosperidad no sólo generó actitudes participacionistas; gracias a ella, estos grupos adquirieron mayor seguridad en sí mismos y, por consiguiente, cambiaron sus actitudes ante la autoridad. Por otra parte, el auge de estos años y su desigual distribución también consolidaron la posición de privilegio que en una sociedad como la mexicana ocupan las clases medias.

Podríamos decir que entre ellas se ha producido un fenómeno similar al ocurrido en Estados Unidos, donde el ascenso de la "nueva política de la prosperidad" (que según Walter Dean Burnham es) distintiva de las clases medias altas, sustenta una oposición al gobierno fundada en la seguridad, la autocomplacencia y las buenas conciencias. Parafraseando a un observador estadounidense que a finales de los sesenta describía las actitudes de los californianos, sectores numéricamente importantes de las clases medias mexicanas "No están descontentos con su suerte [...] sino con la suerte de la nación. Porque a sus ojos las virtudes que poseen y practican ellos mismos están ausentes de la sociedad en su conjunto".¹¹

Para entender el comportamiento político de quienes han optado por las posiciones radicalmente antiestatistas que ha recogido el Partido Acción Nacional, hay que tener en cuenta que estos grupos reaccionan desde el privilegio. Se sienten amenazados no por el proletariado en marcha, por campesinos en armas, una burguesía cerrada y distante o un gobierno de izquierda, sino por un Estado al que consideran ineficiente y corrupto que no ha tenido la capacidad de desarrollar un país menos desigual y en general más apropiado a la imagen de país que piensan merecer.

Antes de analizar el fenómeno de la candidatura y campaña presidenciales de Manuel J. Clouthier, hay que precisar que desde una perspectiva amplia en México ha habido siempre muchas derechas.¹² La mayor parte de ellas identificadas con el antiestatismo y la defensa de las libertades individuales, pero también en el seno de la élite política ha habido grupos de derecha que coinciden con este tipo de oposición, en particular en el tema del orden interno. En el interior de lo que podría llamarse la derecha social se distinguen liberales, católicos, tradicionalistas, en fin, varios grupos que difieren en cuanto a sus temas de lucha, pero que coinciden en el rechazo a la autoridad ampliada del Estado. Las críticas al intervencionismo estatal se han multiplicado desde finales de los setenta, en buena medida como reacción a la crisis económica. Así, a los antiestatistas de siempre se han sumado los críticos de la intervención económica del Estado, la cual han denunciado como fuente de corrupción e ineficiencia. Visto así, poco o nada tendría de novedoso la derecha mexicana. No obstante, contiene un elemento que distingue las posiciones actuales de las que había sustentado tradicionalmente el conservadurismo, y esto es

¹¹Q. Wilson, "Reagan country". citado en: William Schneider, "The new shape of American politics", en *The Atlantic Review*, enero de 1987. Los resultados de una encuesta realizada entre 1981 y 1982 confirman esta impresión, porque de los casi 3 500 encuestados, los de mayor escolaridad e ingreso expresaban insatisfacción con los avances y la situación del país, al mismo tiempo que decían estar muy satisfechos con sus logros y posición personales. Ver: Alducin, *Los valores de los mexicanos*, op. cit., p. 81.

¹²Ver: Soledad Loaeza, "Conservar es hacer patria (La derecha y el conservadurismo mexicano en el siglo XX)", en *Nexos*, 64, abril de 1983, pp. 29-39.

la convicción de que el Estado tiene una responsabilidad social muy limitada. Probablemente por esta razón la campaña presidencial del PAN en 1988 se presentó desde sus inicios como una corriente política sin historia, pues no obstante el apoyo del partido, la candidatura de Manuel J. Clouthier ha pretendido legitimarse en la ilegitimidad del PRI, fenómeno relativamente reciente, y ya no en la historia. Salvo por la obligada mención a Francisco I. Madero, iniciador del movimiento electoral que desencadenó la Revolución de 1910, en apariencia el candidato Clouthier no ha sentido la necesidad de apoyarse en esa herencia para defender su causa, así como tampoco ha sentido la necesidad de comprometerse con la justicia social, que fue uno de los objetivos centrales de esa Revolución. Por primera vez en el México contemporáneo una fuerza política no recurrió a esa experiencia histórica crucial como referencia, positiva o negativa, para estructurarse.

Esta omisión es importante porque representa la evolución del lenguaje político, pero sobre todo el cambio de sectores sociales dominantes hacia una postura en la que reconocen la desigualdad como un fenómeno cruel, pero natural y, por consiguiente, inevitable. El que una fracción de las élites y grupos de clase media haya resuelto hacer a un lado su origen revolucionario para comprometerse abiertamente con la propuesta libertaria y antiigualitaria de Manuel J. Clouthier, expresa su interés por mantener sus privilegios promoviendo un cambio político tendiente a romper cualquier compromiso que el Estado mexicano aún pueda mantener con las clases populares.

La aparición de una fuerza política de este corte denota un cambio sustantivo en la cultura de los mexicanos. Aquí la derecha no había tenido legitimidad política porque se asociaba con la contrarrevolución, ese fantasma multiforme que el Estado denunciaba recurrentemente para desmovilizar a cierto tipo de oposición y también para justificar el monopolio del poder. Luego, en una sociedad nacida de una revolución no tenían cabida el contenido antipopular y la aparente indiferencia social de las propuestas conservadoras, sobre todo ante la persistente desigualdad. No obstante, el pudor del privilegio ante la miseria parece haber desaparecido ante el empuje de la reivindicación del mérito individual, que ha sido uno de los temas centrales del candidato panista y de sus seguidores. Este ascenso sugiere también la legitimación de la ética empresarial como fundamento de un consenso social alternativo.

La campaña panista también ha sido novedosa porque ha sido un sacudimiento de acuerdos políticos establecidos, en particular con respecto a la no intervención política de los empresarios. En este aspecto, esta campaña ha sido la consagración de las funciones de liderazgo social que los empresarios se han empeñado en asumir desde hace casi diez años. De hecho, Clouthier siempre ha seguido siendo un empresario antes que un panista, justificando su candidatura en su probada capacidad como empresario. De hecho, una proporción importante de su éxito probablemente se explica porque supo apoyarse en la corriente general de rehabilitación del mérito individual y de la empresa como instrumento central de la vida económica. En ese sentido, la derecha en México ha seguido la misma trayectoria que en otros países, porque como explica Francois Bourricaud:

Sin abusar de la metáfora de los vasos comunicantes, es posible suponer que la recuperación de los valores asociados a la empresa, produce en la opinión la correlativa desvaloración de la gestión administrativa, al igual que

la restauración de valores ligados al mérito contribuye a tranquilizar la obsesión igualitaria.¹³

La aceptación de la desigualdad, corazón de la nueva derecha mexicana, es asimismo fruto de la erosión del consenso progresista que durante años cimentó la estabilidad política.¹⁴ Este debilitamiento también se ha manifestado en las posiciones del grupo en el poder, que en materia económica atribuyen a la empresa privada el papel decisivo en la promoción del crecimiento. Lo interesante es que la legitimación de la nueva derecha también ha sido efecto del corrimiento de la élite política en esa dirección, el cual además tiende a reforzarse impulsado por las demandas y presiones empresariales.¹⁵

La aparición de una derecha moderna, militante, determinada a conquistar el poder, expresión política del privilegio social, ha significado el eclipse de las derechas tradicionales, pero no su extinción. El candidato Clouthier ha estado dispuesto a acoger todas las inconformidades, antiguas y recientes, que encontraban un eco en su mensaje de intransigencia, pero esto no significa que el PAN haya logrado absorber al conjunto de la oposición antiestatista. Ha tenido la ventaja de que su movimiento ha sido respaldado activamente por grupos de clase alta y media, cuya influencia social se acrecentó considerablemente gracias al reformismo político y al auge petrolero.

El indisoluble contraste entre el PAN y su candidato ilustra las persistentes discrepancias entre los grupos que han formado la coalición conservadora de 1988. Basta comparar la plataforma del partido para 1988-1994, elaborada antes de la elección del candidato presidencial, con el pragmatismo de Clouthier que lo condujo en dos ocasiones a presidir importantes organizaciones empresariales y ahora el movimiento populista que se apoderó de Acción Nacional. Así por ejemplo, mientras el documento partidista se atiene todavía a la necesidad de que los panistas se definan primero por una identidad ideológica, Clouthier ha tenido que luchar contra el espíritu de capilla que según él seguía existiendo en el partido. Quizá lo más revelador a este respecto sea que el candidato del PAN se ha empeñado durante su campaña en establecer una relación directa con el electorado para presentar el voto como una transacción entre él mismo y el "pueblo". En varias ocasiones ha insistido en que su lucha no es por un partido sino por el pueblo en su conjunto. Pero el contraste más fuerte entre Clouthier y el partido que lo apadrinó consiste en que mientras el PAN fue siempre una organización de vencidos, refugiados en la condena moral al poder, su actual candidato es un hombre acostumbrado al éxito y a hacerse oír. Es indudable que este nuevo liderazgo le ha imprimido al partido una agresividad y una confianza en sí mismo que le eran desconocidas.

El populismo no es de izquierda ni de derecha, sino esencialmente antielitista. El antipriísmo que impulsó el movimiento de Clouthier es, en buena medida, un repudio a la élite política establecida en el poder desde hace más de medio siglo. Por otra parte, el estilo desbordado del candidato panista es también un rechazo a las reglas de discreción, medida y negociación culpable que han regido el comportamiento del personal político desde la estabilización posrevolucionaria de los cuarenta. Pero tal vez lo más atractivo que Clouthier ha ofrecido a sus votantes

¹³Francois Bourricaud, *Le retour de la droite*, París, Calmann-Lévy, 1986.

¹⁴*Ibid.*, p. 81.

¹⁵Para una futura profundización de este deslizamiento y sus posibles consecuencias, ver: Carlos Bazdresch, "El cambio que viene", en *Nexos*, 125, mayo de 1988, pp. 37-42.

potenciales ha sido un liderazgo enérgico e intolerante, en apariencia capaz de restablecer el orden en una sociedad convulsa.

En este último punto se reconcilian el PAN, Clouthier y su electorado, sin titubeo ninguno. "El México que anhelamos", título de la propuesta panista, condensa las ideas implícitas en muchos de los planteamientos de Clouthier y describe el tipo de sociedad empapada de moralismo a la que aspira esta nueva derecha mexicana.¹⁶ Es ésta una sociedad que parece imaginada a partir de los temores de los grupos dominantes, y ya no de las ambiciones de una clase en ascenso. Los panistas proponen una "Patria como un hogar [...] en el que nos sentiremos seguros", en la que prevalecerá la igualdad política y la justicia, poblada fundamentalmente por clases medias y gobernada por el trabajo, el orden y la seguridad, factores todos ellos de construcción de un "México limpio".

La derrota panista desintegrará la coalición que se formó en torno a Manuel Clouthier. Pero ello no significa la muerte de la nueva derecha mexicana. La calidad de sus componentes es una garantía para su expansión y consolidación, dentro y fuera del poder. Esta nueva fuerza política cuenta con una base social auténtica, formada en primer lugar por grupos que ocupan una posición estable en la estructura de poder, desde donde seguirán influyendo en la política mexicana. Su existencia y participación son tan irreversibles como la de la opinión pública que ha logrado imponerse como integrante esencial de una estabilidad de largo plazo.

¹⁶Partido Acción Nacional, *Un Plan para el Cambio. Plataforma política del Partido Acción Nacional, 1988-1994.*